

hablar de política. Con el rey y la Inquisición..., chitón. Estamos en tiempo de suspensión de garantías. Ya nos hemos habituado á esta situación. El día en que podamos escribir cuanto se nos pase por el magín, no se nos pasará cosa alguna, y nos encontraremos como en la gloria.

Pero dejando á un lado la política, hay en las Cortes infinidad de aspectos que no carecen de interés. Desde luego, el estudio comparativo de la oratoria; la observación de los infinitos detalles por los cuales puede un orador cubrirse de gloria ó ponerse en berlina. Este último caso no es frecuente; en cambio es frecuentísimo el de no ser atendido. Las tres cuartas partes de los oradores hablan para las banquetas y entre la absoluta indiferencia y distracción de las tribunas. He notado que esto ocurre cuando los oradores adoptan un tono uniforme y mesurado, ó cuando tratan de asuntos de interés local y restringido, á los cuales no aciertan á comunicar ese calor que los hace importantes, aunque sea momentáneamente, para el auditorio.

* *

Hay, además de lo que se dice, el gesto, el modo de decirlo; y esto influye mucho, y debiera ser objeto de un estudio detenido y concienzudo. La oratoria es arte, y por consiguiente tiene sus recursos artísticos y sus calculados efectos. Hay orador que dice cosas bastante aceptables, y se pierde por la acción torpe, difícil ó inadecuada al fin. Muchos gesticulan de una manera mecánica, que no es sino el desahogo de la nerviosidad, el inconsciente traqueteo de la alimaña inquieta. Los más barren sin cesar, con las palmas de las manos, la cima del escaño que tienen delante, ó la meseta del banco azul; y á fe que poco necesitarán limpiarlas los encargados de esta labor; bastan los diputados ó los ministros para dejar esas superficies como patenas. Otros cazan moscas al vuelo, abriendo y cerrando la diestra sin saberse por qué. Otros giran los brazos como aspas de molino. Muchos pegan palmadas y recios puñetazos á la mártir madera que tienen delante. Alguno adopta, por parecer fino, una gesticulación adamada y repulgada. Tal hay que no se atreve á descoser los codos del cuerpo y habla amarrado, á guisa de momia egipcia.

Todo esto podría constituir una oratoria defectuosa, y sin embargo es preferible cualquier defecto al vicio de la monotonía y languidez y á la desgracia de hablar bajito, para el cuello de la camisa. El orador más desmandado, más turbulento, más ilógico, gustará si posee la cualidad irremplazable: la vida, la animación, el calor de la frase y del sentir. Ayer pude comprobar esta verdad. Un joven orador carlista consumió un turno. Supongo que en toda la Cámara no había otro carlista más que él, y que en las tribunas sus correligionarios tampoco abundaban. Sin embargo, desde las primeras palabras, dichas con brío, con acometividad, en voz alta, clara y resonante, la Cámara estaba inclinada á su favor. No les importaba lo que dijese, ni sus opiniones; era la vivacidad, era el sentimiento lo que les atraía. Los periódicos se quejan de que se haya *jaleado* ese discurso y lo achacan á mala voluntad contra el gobierno. Yo no lo entiendo así. Es que la gente, por instinto, se prenda de lo que vive.

Ya conozco que es difícil, al hablar de carreteras ó del artículo H de la ley X, ó de la industria corcho-taponera y perjuicios que se le irrogan con la disposición A ó B, desplegar sensibilidad y vehemencia. Para esto quizá se necesite conservar ese entusiasmo por los principios que va desapareciendo. Y para agradar hablando en tono mesurado, que es como la media voz de los tenores, es preciso haber llegado á la altura de los grandes atletas y maestros de la palabra.

¿Y por qué ha de ser orador cada hijo de vecino, vamos á ver? Esa gracia y excelencia es como las demás: no á todos concedida. Ni aun el habla la poseen cuantos seres humanos andan por ahí. Bastantes son mudos. ¡No pocos valdría más que lo fuesen! Y esta es la conclusión que se deduce de la asistencia al Parlamento.

* *

Las tribunas del Congreso tienen su psicología. El público en ellas es muy variado; el de cada tribuna posee su fisonomía especial. La diplomática suele estar vacía, ó la ocupan dos ó tres damas, muy envueltas, que no entienden jota, porque suelen ser extranjeras. La del presidente es el punto de cita de las señoras de la buena sociedad que tienen aficiones ó conexiones políticas. El personal de esta tribuna generalmente simpatiza con el gobierno, y echa á buena parte las habilidades ministeriales. La oposición empieza en la tribuna de ex diputados, donde

son bien acogidos los discursos de los *leaders* de minoría y aprobados con entusiasmo los ataques al gabinete. Es indudable que el núcleo de ex diputados está como las almas que, saliendo de la isla de la bienaventuranza, ven en ella, rodeados de esplendores y goces, á otros seres más felices. Al lado de los ex diputados, una tribuna levantisca y temible, la de la prensa. En ésta se han producido conflictos, despejos por celadores, retiradas entre protestas y murmullos de indignación, grescas de las cuales se habla mucho durante veinticuatro horas, y después se olvidan rápidamente, previas las indispensables satisfacciones y desagrazos. Más allá, la tribuna pública, donde se podría creer que late el corazón popular y alienta la opinión callejera, si no se supiese que hay quien ejerce la modesta industria de vender el puesto, ocupado á veces desde las ocho de la mañana en la cola y en los asientos, al burgués ó al provinciano curioso que no tiene ganas de perder el tiempo y de esperar en un pie como las cigüeñas, y paga su sitio allí cual pagaría á un revendedor una buena butaca de quinta fila en Apolo ó la Comedia.

En las demás tribunas el público es mixto. Señoras, militares, sacerdotes, gente de procedencias diversas y que oye con formalidad, sin permitirse rumores de aprobación ni de censura. El comentario, en voz baja y en tono discreto; las apreciaciones, mitigadas por un respeto involuntario «á lo que se hace allí».

Yo, que no he creído nunca que el respeto sin base racional sea una virtud, no puedo menos de extrañar algunas costumbres que veo arraigadas en el Congreso español. Por ejemplo: tengo en concepto de costumbre nada recomendable el que entren con bastón los representantes del país en el salón de sesiones. ¿Para qué demontres se necesita el bastón donde no hay que andar? Ocurre la idea de que el bastón únicamente puede emplearse si se arma allí una zapatiesta y haya que romperlo en costillas, y cada vez parece menos admisible. Como los bastones suelen ser unos objetos muy feos, de forma grotesca, rematados en cabezas de papagayos, dogos ó cosa por el estilo, se prestan á mil pullas y comprometen á sus poseedores. ¿No fuera mejor dejarlos en el guardarropa?

* *

Y estoy á mal, á cien bombas, con el abuso del cigarro en el Congreso. Los que asomándose vergonzantes por detrás de los biombo, á la entrada del salón, se delatan por la columna de humo, pertenecen sin duda á aquella especie de hombres esclavos de un hábito, que enfermarían si en dos horas no pudiesen ahumar. Mucho se ha escrito en pro y en contra del cigarro, y no me cuento en el número de sus detractores; sin exageración ni manía, el tabaco no será tan perjudicial como dicen, cuando vemos fumadores que llegan á viejos, gordos, buenos y sanos. El cigarro debe de ser, como otras mil cosas, excelente, usado con moderación; el caso es no convertirlo en indispensable, en una necesidad que lleva á prescindir de la cortesía y de las conveniencias. Bien mirado, no existe en el mundo nada á que deba habituarse el sabio. La sabiduría rompe las cadenas de la fatalidad y nos deja libres de esas tiránicas ataduras liliputienses de la costumbre.

Tampoco debe omitirse que las tribunas del Congreso son el prototipo de las molestias y de la incomodidad. Sólo se oye y se ve en primera fila; y eso, relativamente. Las tribunas de la izquierda no oyen ni ven bien más que á los oradores de la derecha, y viceversa. Además, la disposición de las gradas es tal, que todos los días se cae alguien y está á pique de romperse un tobillo. La altura y la distancia parecen calculadas para aislar á los oradores de los espectadores. La voz se pierde. A poco que se llenen las tribunas, ó que adelante la estación, el calor se hace asfixiante, insufrible. Es cierto que existen ventiladores de rotación; pero están en el techo; proyectan el aire fresco hacia afuera, á lo alto, y como dice una espectadora ingeniosísima, así que empiezan á funcionar, San Pedro se pone el abrigo y los de la tribuna continúan ahogándose.

Y siendo así, me preguntarán: ¿por qué concurrir á ese espectáculo incómodo? ¡Ah! Porque ese espectáculo, al fin, tiene algo de lucha, y por consecuencia emociones y encantos peculiares, lo que la batalla lleva consigo de acre y punzante atracción. No es lo mismo leer el relato de una batalla que presenciársela. Por eso, aunque el asiento sea detestable, el calor fuerte, la espera desesperadora, en estas largas tardes de invierno, de humedad y neblina, el Congreso tiene sus fieles partidarios.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN EL CONGRESO

Estos días mi *vida contemporánea* se encierra en las Cortes. Unas cuantas aficionadas á la oratoria y á las filigranas del debate vivimos en la tribuna. Allí nos pasamos seis horas. Leemos, para entretener la espera, mientras no se llega á la orden del día, periódicos y hasta libros; comemos dulces, charlamos, y poco á poco nos familiarizamos con los misterios de la política parlamentaria. No teman mis lectores que les comunique esta ciencia arcana, y en opinión de muchos, funesta. Ya sé que ahora no se puede